

Martin Luther King

en el prisma de sus discursos



Rafael Baquedano

Martin Luther King, el profeta negro de alma blanca, ha sido arrebatado de entre nosotros por la bala mezquina de un blanco con el alma negra. Martin Luther King, apóstol de la no violencia y de los derechos civiles, ha muerto a la manera heroica de los grandes líderes. Este hombre soñador, que aspiraba a eliminar el prejuicio racial y la violencia aun de la mente humana con la fuerza del espíritu, cayó víctima de los que viven de la violencia.

Respeto a la ley y amor cristiano

Su corta vida fue rica en realizaciones y en visiones de una tierra prometida. Hombre que sentía aversión profunda a la violencia en todas sus formas, evitó siempre los excesos del radicalismo. Las mayores injusticias y atropellos no lograron quebrantar su espíritu humilde, coherente, finamente educado. Sus antecedentes de honda raigambre religiosa le llevaron connaturalmente al respeto de la ley aprendido en las lecturas del Viejo Testamento. El Nuevo Testamento le enseñó esa caballerosidad y bondad de las que siempre hizo gala en el trato sin distinción con todos los hombres. "El amor cristiano puede formar una hermandad sobre la tierra. Hay algo de Dios en todo

hombre." Así se expresó King una de las veces que su casa fue malamente destruida por una bomba de dinamita. "Creemos en la ley y el orden. No abogamos por la violencia. Tenemos que amar a nuestros enemigos. Ser buenos con ellos. Amarles y hacerles saber que les amamos."

Su filosofía social se enraizaba en los autores teológicos requeridos para llegar a ser ministro protestante y en las obras de grandes pensadores como Platón, Aristóteles, Rousseau, Locke y Hegel. Pero, sobre todo, leyó y meditó las obras de Gandhi, su verdadero mentor intelectual. "Aun ahora —dijo en cierta ocasión—, al releer una vez más las palabras de Gandhi, recibo inspiración. El espíritu de resistencia pasiva lo aprendí en la Biblia y en las enseñanzas de Jesús. Gandhi me enseñó las técnicas operacionales de ejecución."

Fe en la democracia

Martin Luther King, idealista empedernido, creyó en la democracia de un país, en el que no pocos de sus ciudadanos se burlan todavía de uno de los derechos humanos más fundamentales, el de la igualdad entre las razas. Pero las exigencias de King iban mucho más lejos: "Nuestro uso de la resistencia pasiva en Montgomery no se basa en una mera resistencia a fin de obtener derechos para nosotros mismos, sino para lograr la amistad con hombres que nos niegan nuestros derechos, y cambiarlos a través de la amistad y un lazo de amistad cristiana frente a Dios." King quería salvar el alma de su nación, no solamente la del negro.

King sufrió desde niño en propia carne la experiencia única de la discriminación: "Lo que caracteriza principalmente la vida de un negro es el sufrimiento, un sufrimiento tan viejo y profundo que no se separa de él en ninguno de los instantes de su vida. Detrás de su sonrisa, el negro disimula lágrimas que ninguna mano puede enjugar."

Fe en el hombre

Martin Luther King, que fue apuñalado gravemente en el pecho, atacado físicamente en tres ocasiones y encerrado en las cárceles, que vio su hogar destruido tres veces por bombas de dinamita, tenía una fe profunda en la dignidad del hombre y en sus bondades básicas. Encarnaba las esperanzas y aspiraciones de su pueblo ultrajado. "No puedo prometeros que no seréis golpeados, no puedo prometeros que vuestras casas no serán dinamitadas, no puedo prometeros que no seréis aterrorizados. Pero debemos dar la cara por la justicia."

Y con ese sentido poético que es pura melodía en el lenguaje de los ghettos negros, no se cansaba King de afirmar su fe en el hombre, opresor y oprimido: "Me niego a creer que el hombre es sólo algo que flota en la corriente del río de la vida. Me niego a aceptar el punto de vista de que la humanidad está trágicamente ligada a la noche sin estrellas del racismo y la guerra, que el día brillante de la paz y la hermandad nunca podrán llegar a ser una realidad... Creo que la verdad desarmada y el amor incondicional triunfarán. Por esta razón el bien temporalmente derrotado es más fuerte que el mal victorioso."

Valor ante la muerte

La muerte le rondaba siempre en el camino. Durante meses y años se enfrentó impávido a la posibilidad de una muerte violenta: "Tal vez yo tengo una ventaja sobre la gente —comentó en una

ocasión—; y es el haber vencido el miedo a la muerte.” Adondequiera que iba, las amenazas de muerte revoloteaban sobre él: “No me preocupo por estas amenazas. Si lo estuviera, no podría realizar nada (...). La cualidad, no la longevidad de la propia vida, es lo importante. Si uno es despedido por causa de un movimiento fundado para salvar el alma de una nación, entonces ninguna otra muerte podría ser más redentora.” Y en el último sermón de su vida, cuando ya el asesino acechaba, volvió King a rozar el tema de la inevitabilidad de la muerte: “Si muero, quiero que puedan ustedes decir que procuré amar y servir a la humanidad... Si quieren decir que fui un tambor mayor, digan que fui tambor mayor de la justicia, digan que fui tambor mayor de la libertad...”

Personalidad dotada de una mística extraordinaria, cualidad límpida del verdadero líder, con su voz cadenciosa, supo provocar en su gente la tolerancia cristiana que alimenta las esperanzas y suprime las injusticias: “Prefiero morir en una carretera de Alabama que matar mi conciencia. No hay nada más trágico en este mundo que conocer lo que es recto y no ponerlo en práctica. (...)

No hay ninguna otra alternativa ni en el nombre de la conciencia ni en el de la moralidad.”

Su anticonformismo

King, pastor protestante, hombre del año en 1964, premio Nobel de la Paz, conquistador de Montgomery, Birmingham y Selma, ciudades tristemente célebres por su racismo obscurantista, símbolo de la revolución negra, desechó siempre el conformismo complaciente: “Esta hora de la historia necesita un dedicado círculo de inconformes transformados.” (...)

“La salvación de nuestro mundo que amenaza ruina vendrá, no por medio del ajuste complaciente de la mayoría conformista, sino a través de la disconformidad creadora de una mino-

ría inconforme. Confieso que nunca llegaré a acostumbrarme a los males de la segregación y a los efectos que tullen de la discriminación, a la degeneración moral del fanatismo religioso y a los efectos corrosivos del sectarismo estrecho, a las condiciones económicas que privan a los hombres de trabajo y alimento y a las locuras del militarismo y a los efectos derrotistas de la violencia física.”

De forma aún más específica, pero apoyado en San Agustín, Santo Tomás y el filósofo hebreo Martin Buber, no dudó en expresar el dilema torturante que le planteaba la necesidad de violar leyes que consideraba injustas. No se lamentaba de tener que pagar un alto precio. En sus mismas palabras se revela su profunda honestidad: “El que viola una ley injusta lo debe hacer abiertamente con amor, y aceptando el castigo. Creo que un individuo que viola una ley injusta según su conciencia, y que voluntariamente acepta el castigo de prisión para despertar la conciencia de la comunidad acerca de esa ley, está en realidad expresando el más alto respeto por la ley.”

Un cierto conformismo desasegaba a King especialmente: “Yo casi he llegado a la amarga conclusión de que el mayor obstáculo al negro en su marcha hacia la libertad no es el ciudadano blanco egoísta ni el miembro del Ku-Klux-Klan, sino el blanco moderado, quien está más dedicado al orden y a la justicia; que prefiere una paz negativa, que es la ausencia de tensión, a una paz positiva, que es la presencia de la justicia.”

Necesidad de reformas sociales no violentas

Martin Luther King poseía como ninguno el don de la palabra y supo emplear el hechizo de su voz para ser el exponente más ardiente de reformas sociales no violentas. Después de leer la obra de Thoreau: Desobediencia civil, sa-

có la conclusión de que sólo como ministro protestante podían tomar una posición adecuada sus crecientes ideas sobre protesta social: “Nuestro poder no reside en cocteles Molotov, cuchillos, rifles o piedras. No tenemos ni la técnica, ni el número, ni las armas para hacer con éxito una campaña violenta.” Y al mismo tiempo advertía: “Estamos equivocados si pensamos que la libertad es un manjar que el hombre blanco nos repartirá en bandeja de plata. El opresor nunca da la libertad voluntariamente. Deben exigirla los oprimidos...” “¿Cuál es el beneficio que se obtiene de poder comer en una lunchería si usted no puede comprar una hamburguesa?”

Cualquiera que fuese el tema de sus discursos, insistía siempre en la no violencia y el amor, con esa fortaleza interior y amplitud de miras que dio altura a la revolución negra. Al hombre blanco le dijo: “Confrontaremos vuestra capacidad de infligir sufrimiento con nuestra capacidad de soportarlo. Saldremos al encuentro de vuestro poder físico con el poder del alma. No os odiamos, mas no podemos en conciencia obedecer vuestras leyes injustas... Pronto os desgastaremos con nuestra capacidad de sufrimiento.”

King se rebelaba con razón contra la acusación fácil de que sus movimientos pacíficos precipitaban la violencia, que él quería evitar: “¿No es esto algo así como condenar a un hombre que ha sido robado porque su posesión del dinero ocasionó el acto malvado del robo? (...) ¿No es esto condenar a Jesús porque su singular conciencia divina y devoción incansante a la voluntad del Padre precipitó el acto malvado de la Crucifixión?” (...) “La cuestión no es si vamos a ser extremistas, sino ¿qué clase de extremistas vamos nosotros a ser? ¿Seremos extremistas para preservar la injusticia o seremos extremistas por la causa de la justicia? En aquella dramática escena en la colina del

Calvario, tres hombres fueron crucificados por el mismo crimen: el crimen del extremismo. Dos fueron extremistas por inmoralidad y así cayeron muy por debajo de su ambiente. El otro, Jesucristo, fue un extremista por amor, la verdad y la bondad, y así se levantó muy por encima de su ambiente. Después de todo, tal vez el Sur, la nación y el mundo están urgentemente necesitados de extremistas creadores."

Sueños de King

Pero, sobre todo, Martin Luther King era un soñador. Y la calidad de sus sueños quedó plasmada ante el Monumento de Lincoln, el gran emancipador, en la Marcha sobre Washington de 1963: "Tengo todavía un sueño, un sueño profundamente arraigado en el suelo americano: que un día esta nación se levantará y vivirá según su credo: 'Creemos que estas verdades son de por sí evidentes: que todos los hombres fueron creados iguales'. Sueño que algún día, en Alabama, niños y niñas negros podrán ir de la mano con niños y niñas blancos, como hermanos y hermanas."

"Sueño también que algún día mis cuatro hijos pequeños vivirán en una nación donde no serán juzgados por el color de su piel, sino por sus méritos." (...) "Cuando hagamos posible que la libertad reine en cada ciudad y en cada aldea, cuando resuene en cada Estado y en cada ciudad, estaremos en posición de acelerar la llegada de ese día cuando todos los hijos de Dios, negros y blancos, judíos y católicos, judíos y gentiles, protestantes y católicos, puedan unir sus manos y entonar el antiguo canto espiritual negro: Libres al fin... Libres al fin... Gracias a Dios Todopoderoso... somos libres al fin."

Condenación de la guerra en el Vietnam

Nada tiene de extraño que su fuerte fe en los derechos huma-

nos y en la no violencia, su cosmovisión profundamente cristiana, hicieran de Martin Luther King uno de los principales opositores a la participación americana en la guerra del Vietnam. Para King, la guerra vietnamita era algo esencialmente injusto y no tuvo miedo en calificarla como "una de las guerras más crueles y sin sentido de la historia". Su testimonio hondamente humano luce mucho más límpido y claro ahora después de su trágica muerte: "De una u otra manera, esta locura debe cesar, y ahora mismo nosotros debemos hacerla cesar. Hablo en nombre de los pobres de América que pagan dos veces el precio de esta guerra: en casa sus esperanzas quedan reducidas a la nada y en el Vietnam la muerte y la corrupción. Hablo como ciudadano del mundo, porque el mundo queda estupefacto de la vía que nosotros tomamos. Hablo como ciudadano del mundo a los dirigentes de mi nación. Somos nosotros los que hemos comenzado esta guerra. Nosotros tenemos que tomar la iniciativa de detenerla. El mundo espera ahora de América que haga prueba de una madurez que nosotros hemos sido tal vez incapaces de alcanzar. Espera que nosotros admitamos que nos hemos equivocado desde el principio de nuestra aventura en el Vietnam y que hemos así causado un grave perjuicio a la vida del pueblo vietnamita. A fin de reparar nuestras faltas y errores en el Vietnam deberíamos tomar la iniciativa de poner término a esta guerra trágica."

El legado de su vida

Martin Luther King creía firmemente en la democracia e igualdad entre los hombres, en la dignidad humana, en la tolerancia cristiana y la no violencia, en el inconformismo ante la injusticia, en la revolución social, en el amor, en el mañana, en la paz, en la locura e insensatez de la guerra. Esta es la herencia excelsa que nos ha legado. Su sueño no morirá,

sus ideales no serán destruidos. Su extremismo fue un extremismo de amor.

Los altos ideales de Martin Luther King quedarían traicionados si al llorar su muerte nos lamentáramos sólo de la persona y no de las angustiosas condiciones de su raza y de las de nuestros pobres y marginados en Venezuela, que como los negros estadounidenses no gozan de los privilegios de la democracia ni de la igualdad de oportunidades, ni son auténticamente libres, y son ultrajados en su dignidad humana y explotados, mientras los demás miramos el espectáculo con ojos conformistas, complacidos de vivir en el statu quo de unas estructuras sociales inamovibles, que están muy lejos del amor y de la paz social y muy cerca de la violencia y de la insensatez de la guerra fratricida.

El punto de tolerancia a la frustración de nuestro pueblo va cada día corroyéndose. Sepamos aceptar el mensaje de King, esa voz elocuente de la protesta no violenta, si no queremos que el equilibrio se rompa y se vuelque hacia los extremistas cargados de odio y exasperación que sólo entienden el lenguaje de las armas y guerrillas. No ofrezcamos al pueblo sedantes y píldoras de tranquilidad cuando lo que necesita es un cambio profundo de estructuras, que por desgracia ninguno de los grandes partidos políticos actualmente en liza electoral está sinceramente ofreciendo, pues todos, en mayor o menor grado, están uncidos al carro de los grandes intereses económicos del capitalismo.

Martin Luther King, símbolo de la fe y de la libertad en Norteamérica, ha sido asesinado. En realidad, ha sido la misma conciencia del mundo la que ha sido sometida a dura prueba. Como bien expresó Paulo VI, todos debemos sentir los votos que esta sangre derramada inspira, "que este horrendo delito pueda adquirir valor de sacrificio, no de odio ni venganza".